



NOVIEMBRE 2023
Nº172

Adoradores

Revista de espiritualidad, información
y promoción Eucarística.



Ser almas de oración:

Para llegar a ser grandes santos, sean almas de oración y de generosidad; lo importante y lo difícil está en quererlo y procurarlo. Pág 08 y ss.



Amar más a Jesús:

¡Conocerlo y darlo a conocer todo lo que más se pueda! ... Pág 14 y 15

Consejos de un obispo y doctor de la Iglesia

San Alberto Magno dice: “Nada es más útil, nada es más dulce, nada más saludable, nada más parecido a la vida eterna que la santa eucaristía”. Pág 20 y 21



Seguir a Jesús, nuestro Rey

Toda la jerarquía de la Iglesia, todo carisma y todo ministerio, todo y todos estamos al servicio de su señorío.

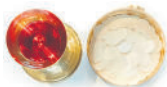


El título de “rey” referido a Jesús es muy importante en los Evangelios y permite dar una lectura completa de su figura y de su misión de salvación.

¿Pero en qué consiste el “poder” de Jesucristo Rey? No es el de los reyes y el de los grandes de este mundo; es el poder divino de dar la vida eterna, de liberar del mal, de derrotar al dominio de la muerte. Es el poder del Amor, que sabe sacar el bien del mal, ablandar un corazón endurecido, traer paz en el conflicto más áspero, encender la esperanza en la oscuridad más espesa. Este Reino de la Gracia no se impone nunca, y respeta siempre nuestra libertad. Cristo vino a “dar testimonio de la verdad” (Jn 18,37) – como declaró frente a Pilato –: quien acoge su testimonio, se pone bajo su “bandera”, según la imagen querida a san Ignacio de Loyola. A toda conciencia, por tanto, se hace necesaria – esto sí – una elección: ¿a quién quiero seguir? ¿A Dios o al maligno? ¿A la verdad o a la mentira? Elegir a Cristo no garantiza el éxito según los criterios del mundo, pero asegura esa paz y esa alegría que sólo Él puede dar. Lo demuestra, en cada época, la experiencia de tantos hombres y mujeres que, en nombre de Cristo, en nombre de la verdad y de la justicia, han sabido oponerse a las adulaciones de los poderes terrenos con sus diversas máscaras, hasta sellar con el martirio esta fidelidad suya.

Cuando el Ángel Gabriel llevó el anuncio a María, Le preanunció que su hijo habría heredado el trono de David y reinado para siempre (cfr Lc 1,32-33). Y la Virgen creyó antes aún antes de entregarlo al mundo. Debió después, sin duda, preguntarse qué nuevo tipo de realeza era la de Jesús, y lo comprendió escuchando sus palabras y sobre todo participando íntimamente en el misterio de su muerte en cruz y de su resurrección. Pidamos a María que nos ayude también a nosotros a seguir a Jesús, nuestro Rey, como hizo Ella, y a dar testimonio de Él con toda nuestra existencia,

Papa Benedicto XVI/ Adaptación



Al iniciar la adoración

Esquema para una hora de adoración:

- 15 minutos iniciales de todas las semanas: Pp. 4 y 5
- 30 minutos de meditación: 1. Pp. 8-9; 2. Pp. 10-11;
3. Pp. 12-13; y 4. Pp. 14-15
- 15 minutos finales de todas las semanas: Pp. 6 y 7



Comencemos entrando en su presencia y adorando.

No te olvides: Jesús en la Eucaristía no es un “pan bendecido”; su presencia no depende de nuestra fe y no es una presencia simbólica, sino real y substancial.

Por lo tanto, a Dios Hijo encarnado y presente en el santo sacramento del altar, dirigimos nuestros actos de adoración:

Vengo, Jesús mío, a visitarte y a gozar de tu presencia.

Te adoro en el sacramento de tu amor.

Te ofrezco principalmente las adoraciones de tu santa Madre, de san Juan, tu discípulo amado y de las almas más enamoradas de la Eucaristía.

Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. (Reflexionemos cinco minutos).

Delante de Jesús Eucaristía, vivimos nuestra fe.

No te olvides: “Tener fe es creer en lo que no se ve”. No vemos a Jesús visible,



pero creemos, por la fe de la Iglesia, que Jesús está en la Eucaristía con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Reafirmemos nuestra fe diciendo:

Creo, Jesús mío, que eres el Hijo de Dios vivo que has venido a salvarnos.

Creo que estás presente en el augusto sacramento del altar.

Creo que has de permanecer con nosotros hasta que se acabe el mundo.

Creo que bendices y que atiendes los ruegos de tus adoradores. (Reflexionemos cinco minutos.)

La esperanza y el amor brotan de la fe

La esperanza cristiana se funda en la posibilidad de ir al Cielo, es decir, a la comunión de vida y de amor con las Tres Personas de la Trinidad, por la eternidad. Jesucristo fue quien, con su sacrificio en cruz, nos abrió las puertas del Cielo, nos dio la esperanza de la vida eterna, haciendo aparecer en el horizonte de nuestra existencia la posibilidad de la eternidad. La Eucaristía es un signo visible de esa esperanza porque el Dios, que dio la vida por nosotros en la cruz para llevarnos al Cielo, está en la hostia consagrada, alimentando nuestra esperanza, concediéndonos fuerzas y ánimo para llegar a la perfección de la vida cristiana, la salvación eterna. (Reflexionemos cinco minutos.)

Actos de contrición

No te olvides: la contrición del corazón es el acto de arrepentimiento perfecto, porque es salvífico.

Delante de Jesús Eucaristía hacemos actos de contrición:

¡Jesús mío, misericordia!

Jesús mío, te pido perdón por los muchos pecados que he cometido durante mi vida.

Por los de mi niñez y adolescencia.

Por los de mi juventud.

Por los de mi edad adulta.

Por los que conozco y no conozco.

Madre mía, intercede por mí ante tu divino Hijo Jesús.

¡Dulce Corazón de María, sé mi salvación!

Imploramos al Dios de la Eucaristía

Señor, que tu Reino venga a nosotros, que tu misericordia se derrame como un océano de amor infinito, como la luz brillante que esparce el sol en cenit sobre las almas de todos los hombres de todos los tiempos. Te suplicamos, Jesús Eucaristía, que tengas piedad y misericordia de nosotros, de nuestros seres queridos y de toda la humanidad, y danos la garantía de que somos escuchados en tu presencia eucarística, y alcánzanos el don de tu madre, la Virgen María, que sea como madre nuestra. A ella, Nuestra Señora de la Eucaristía, le pedimos que te alcance nuestros ruegos y los guarde en tu corazón.



Al culminar la adoración

Actos de amor

“Después de la meditación, nuestra alma se enciende con los mismos sentimientos de Cristo, cuyo Sagrado Corazón Eucarístico es horno ardiente de caridad y nos permite hacer actos de amor:

Te amo, Jesús mío, como a nadie.

Porque Tú me has amado infinitamente.

Porque Tú me has amado desde la eternidad.

Porque Tú has muerto para salvarme.

Porque Tú me has hecho participante de tu divinidad y quieres que lo sea de tu gloria.

Porque Tú te entregas del todo a mí en la comunión.

Porque Tú estás siempre por mi amor en la Santa Eucaristía.

Porque Tú eres mi mayor amigo.

Porque Tú me llenas de tus dones.

Porque Tú me has enseñado que Dios es Padre que me ama mucho.

Porque Tú me has dado por madre a tu misma Madre.

¡Dulce Corazón de Jesús, haz que te ame cada día más y más!

Te amo y te digo con aquel tu siervo:

¡Oh Jesús, yo me entrego a Ti para unirme al amor eterno, inmenso e infinito que tienes a tu Padre celestial!

¡Oh Padre adorable! Te ofrezco el amor eterno, inmenso e infinito de tu amado Hijo Jesús, como mío que es.

Te amo cuando tu Hijo te ama”. (S. Juan Eudes).

Damos gracias a Dios por sus inmensos dones para nosotros, que comien-

zan con la creación de nuestro ser, continúan luego con el don de la adopción filial y siguen con el “don inestimable” de su Hijo en la Eucaristía. Por todo esto, agradecemos a Dios también por lo que es él en sí mismo, Bondad, Misericordia y Amor infinitos, atributos todos que resplandecen en su presencia sacramental.

Actos de gratitud

Oh Jesús, te doy rendidas gracias por los beneficios que me has dado.

Padre Celestial, te los agradezco

por tu Santísimo Hijo Jesús.

Espíritu Santo que me inspiras estos sentimientos,

a ti sea dado todo honor y toda gloria.

Jesús mío, te doy gracias sobre todo por haberme

redimido.

Por haberme hecho cristiano mediante

el Bautismo, cuyas promesas renuevo.

Por haberme dado por madre a tu misma Madre.

Por haberme dado por protector a san José,

tu padre adoptivo.

Por haberme dado al ángel de mi guarda.

Por haberme conservado hasta ahora la vida para

hacer penitencia.

Por tener estos deseos de amarte y de vivir y morir en tu gracia.



Oración final

Jesús mío, dame tu bendición antes de salir, y que el recuerdo de esta visita que acabo de hacerte, persevere en mi memoria y me anime a amarte más y más. Haz que cuando vuelva a visitarte, vuelva más santo. Aquí te dejo mi corazón para que te adore constantemente y lo hagas más agradable a tus divinos ojos. Adiós, adiós, Jesús mío.

Virgine

A



La oración

Continuamos con las reflexiones de san Pedro

Julián Eymard.

Una de las grandes reglas de santidad es la de saber hallar tiempo para el alma; el demonio nos lo hace malgastar.

¡Oración! Oración con Dios, hecha por ustedes mismos: he ahí la primera ley de la santidad.

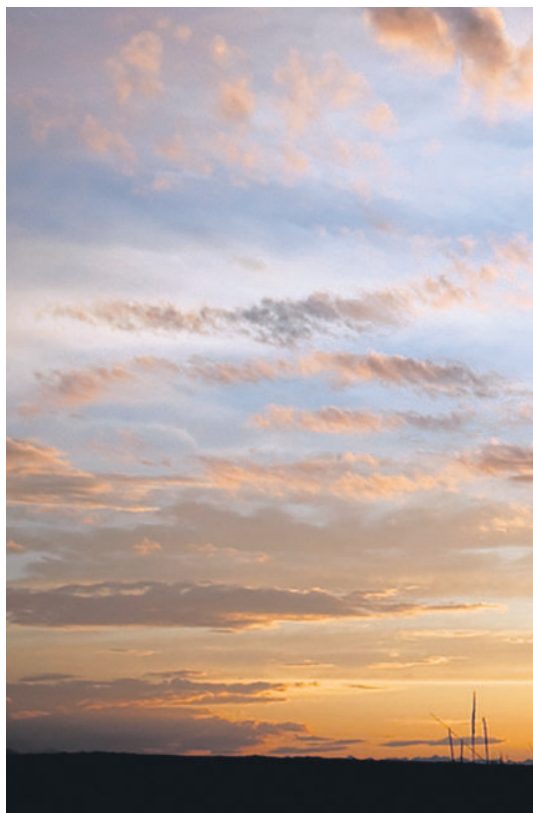
La segunda: generosidad en cumplir la voluntad de Dios para con nosotros por la propia abnegación, por el amor al deber; obrar por agradar a Dios.

Sed almas de oración

¡Vamos! Hora es ya de ser santos. Para llegar a ser grandes santos, sean almas de oración y de generosidad; lo importante y lo difícil está en quererlo y procurarlo. Estréchense contra Jesús, su maestro; procuren acercarse a Él cuanto puedan y permanezcan en su compañía.

El valor es la virtud del soldado; el amor la del niño; la abnegación desinteresada la del apóstol y la del religioso. Adquieran estas tres virtudes, que deben ser la trinidad de su vida.

La fuerza nace del amor: amen, por tanto; el amor se nutre de la oración; sean almas de oración, pero de una oración que sea suya, afectuosa, recogida y edificante, que guste a Dios, que se alimente de Dios, que aspire siempre a lo desconocido de la verdad, de la bondad y del amor de Dios. La



llama que no sube de continuo, que debilita o pierde su luz, toca ya a su fin, se extingue o se esfuma.

No quisiera ver en ustedes más que una cosa: el deseo, el hambre, la dicha de la oración en nuestro Señor; sería un buen síntoma; si el estómago no apetece la comida, no la digiere, ni tiene hambre, es señal de que está enfermo.

La vida espiritual exige un régimen espiritual. ¡Guárdenlo! Estén seguros de que su alma se sentirá feliz cuando se alimente plenamente de Dios.

Tan sólo en la oración gustarán de esa paz deleitosa, de esta calma, de este descanso que, a veces, se hace más sensible que en la sagrada comunión.



“Para llegar a ser grandes santos, sean almas de oración y de generosidad; lo importante y lo difícil está en quererlo y procurarlo.”

En la oración Dios nos alimenta; en la sagrada comunión a menudo alimentamos nosotros a Dios con el pan del sufrimiento y con el fruto laborioso de las virtudes. He aquí la razón por qué se sufre a veces después de la sagrada Comunión.

Reglamento de vida

■ Espíritu libre de toda preocupación, pero totalmente sumiso a la voluntad actual de Dios.

■ Corazón totalmente de Dios para adorarle, amarle y servirle como Él quiera.

■ Voluntad de niño.

■ Presencia de Dios: Ofrenda habi-

tual de vuestras acciones, espíritu de mortificación, atentos a los sacrificios de renuncia propia que les pide Dios a cada instante; ahorro del tiempo: hagan todo por Dios y todo les será provechoso.

■ Trabajo sin mirar al éxito, sino sólo al deber. Relaciones con el prójimo de conveniencia o de caridad solamente: sencillas, cristianas, cariñosas y tiernas con los que sufren.

■ Oración como Dios la hace; el fondo: la ofrenda y la acción de gracias.

■ Sagrada comunión: Pan de fuerza y de vida; recíbanla como pobres y débiles, agradecidos y amantes. Su examen sobre sus deberes. Y nada más.

Les ofrezco sin cesar al divino maestro; sean suyos, sus siervos, su adoradores.



Medio de santidad

La meditación como medio por excelencia para acercarse a Dios. Cómo entregarse asiduamente a ella.

¡SÍ! Entréguense asiduamente a la meditación: es la brújula de la vida y el sustento de la virtud; es la gracia de la educación del alma por la gracia, por el mismo Dios; es el lema de vida para todo el día, que si lo cumplen les acarreará un día feliz.

No aflojen en este ejercicio fundamental; no se extrañen de que el demonio, su enemigo, ataque contra él con tanta violencia.

Dice santa Teresa: “Si (el alma) persevera en ella (en la oración), por pecados y tentaciones y caídas de mil maneras que ponga el demonio, en fin, tengo por cierto la saca el Señor a puerto de salvación”; y san Alfonso María de Ligorio, dice: “La meditación y el pecado no pueden vivir hermanados”.

No cabe duda de que la oración es de ordinario costosa: se siembra en medio de penas y lágrimas, mas sus frutos son exquisitos. Y cosa extraña: cuanto más seca, árida y acompañada de tentaciones sea la meditación, es tanto más fructuosa y perfecta, porque se convierte en calvario expiatorio y santificador; las penas que le acompañan se convierten en fuerza de ad-

quisición de las mayores virtudes y en fuente de las más ricas gracias.

Cuando se posee el espíritu de oración se tiene todo: es el remedio de todos los males.

Para orar bien

Para conseguir resultados prácticos en la oración se la debe hacer con el alma y cuerpo alerta y cuando todo se halle en nosotros en paz y recogimiento. Oren antes de cualquier otro acto. Algunos acostumbran orar aun antes de cualquier oración vocal para mejor aprovechar del recogimiento del alma. Fijen un momento determinado, media hora, una hora, según el tiempo que dispongan. Dejen de lado antes de la oración todos los ejercicios que pudieran distraerlos; cuando no hayan podido hacerla por la mañana, hagan en su lugar durante el día un poco de lectura espiritual y no padezca su alma, ni perderán de vista a Dios ni a su alma.

Además, para sacar provecho de la oración, háganla en un lugar tranquilo y silencioso; por ello los contemplativos buscan los desiertos, las cuevas de las rocas, los lugares más solitarios de la casa o de la iglesia; de esta manera siéntese uno más cerca de a Dios. Tengan un método preferido de oración que sea el alma de todos los demás.

Todos los métodos conducen al amor, sin duda ninguna; pero, con todo, se ha de seguir el movimiento interior de la gracia, así como el atractivo de la devoción a la pasión, al santísimo Sacramento, a la santa pobreza o al recogimiento en la presencia de Dios.



“No cabe duda de que la oración es de ordinario costosa: se siembra en medio de penas y lágrimas, mas sus frutos son exquisitos.”

No olviden nunca estos dos principios: primero, que el estado de nuestra alma en la meditación depende de la voluntad de Dios y que, por consiguiente, han de meditar según las disposiciones de momento, que regulan y dan la forma a sus actos.

En segundo lugar, tengan entendido que el éxito sobrenatural de su meditación lo da únicamente la gracia de Dios y, por tanto, no la hagan depender de sus bellas reflexiones ni de sus sentimientos fervorosos.

A buen seguro que se han de ejercitar las facultades delante de Dios; pero utilizándolas como condición de la actuación de la gracia.

Vayan, por consiguiente, a la oración como niños pobres; verán qué felices se sentirán. La oración no es ni debe ser más que el ejercicio humilde y confiado de su pobreza espiritual. Y cuanto más pobres seamos, tanto más derecho tendremos a la caridad divina. Este pensamiento ha consolado a muchas almas que sufren.

“La oración –dice san Agustín– es el ejercicio de nuestra mendicidad ante Dios”.

¿Qué hace un mendigo y cuáles son sus virtudes? La primera, la humildad; por eso queda a la puerta y emplea modales humildes; la segunda, la paciencia: sabe esperar, no se enfada por nada, se sirve de las humillaciones y repulsas para hacerse más elocuente; la tercera, el agradecimiento, que le abre todas las puertas y acaba por hacerle querido y estimado.

Sean también ustedes los mendigos del Señor; sírvanse de sus distracciones, de sus sequedades, de sus mismos pecados como de títulos para que Dios derrame sobre ustedes los tesoros de su infinita bondad.



Tengan a su disposición un libro que les guste; leanlo hasta que algún pensamiento les impresione y puedan evitar de esta suerte la pereza espiritual que impide conocerse a sí mismo.

En la oración no anden divagando; tomen resoluciones positivas. Propónganse combatir un mismo defecto o practicar una misma virtud durante quince días, tres semanas, etc. Cierto que no siempre tendrán ocasión de practicar la virtud opuesta a ese defecto; pero siempre podrán practicar actos positivos de la misma y pedírselo a Dios.

Tengan a su disposición un libro que les guste; léanlo hasta que algún pensamiento les impresione y puedan evitar de esta suerte la pereza espiritual que impide conocerse a sí mismo.

Si notan que divaga su espíritu y que no trabajan sus facultades, cambien de materia; si se hayan en un estado ordinario, lean algo adecuado en la Imitación de Cristo (Kempis); pero previamente preparado respecto al capítulo o número. Si se encuentran

en un estado extraordinario, lean algo análogo a su estado en este libro: cuando estuvieran tristes, el capítulo XXI del libro I y los capítulos IX, X y XII del libro II; cuando se sintieran con repugnancia al sacrificio, mediten los capítulos del amor, los tres del cielo, XLVII, XLVIII y XLIX; cuando tuvieran poco recogimiento, el capítulo I del libro II y los primeros del libro III, etc.

Cuando el alma pasa por estos estados no hemos de tratarla como se trata a un enfermo desganado para todo.

La gran resolución que deben formular es esta: disposición a aceptar pronta y amorosamente, y tan luego como Dios les señale, los sacrificios de desprendimiento que Él les pedirá en el curso del día. Hecho esto no les resta más que vigilar el momento del sacrificio,



Resoluciones positivas

En qué consiste la verdadera actividad espiritual y del alma.



o mejor todavía, estar siempre dispuestos a decir a Dios: Dios mío, mi corazón está presto a cumplir tu santísima voluntad.

Pero este estado de alma ha de ser libre, sin esclavitud ni amedrentamientos; es la vela del amor; el amor no se cansa, vela en el sueño, vela en el trabajo; toda su perfección consiste en hacerlo todo como Dios quiere y según el espíritu de Dios.

Una deliciosa contemplación

Mas para llegar a esta oración llena de vida, menester es trabajar mucho en olvidarse a sí mismo y en no buscarse a sí mismo en la oración; sobre todo se ha de simplificar el trabajo del espíritu con la contemplación sencilla y sosegada de las verdades divinas. Porque, en efecto, Dios nos atrae tan sólo por su bondad y

nos une consigo por esos dones tan suaves de su amor. El corazón compara todos los bienes y se entrega al mayor bien conocido, y saboreado.

Aspiren en la oración a nutrirse de Dios, más que a purificarse o a humillarse; a este respecto, alimenten su alma de la verdad personificada en la bondad de Dios para con ustedes, de su ternura y amor personales. El secreto de la verdadera oración consiste en profundizar la acción y el pensamiento de Dios en su amor para con nosotros. Entonces el alma, admirada y extasiada, exclama: “¡Qué bueno eres, Dios mío! ¿Qué haré por tí? ¿Qué es lo que te agradaría?” Esta es la llama del fuego.

Cuando el alma llega a sentir esta realidad, la oración es, a no dudarlo, una deliciosa contemplación en la que rápidamente se desliza la hora.





Hablen con Dios

De qué manera acercarse al Padre y encontrarse con esa mirada amorosa que regala la paz al alma.

Vayan a Dios por el corazón, por la expansión del corazón, por la conversación íntima del alma para que puedan adquirir esa paz que lo abarca todo, ese sentimiento de Dios que suple todo, esa mirada amorosa a Dios que anima todo.

Sean hablar con Jesús y María con esa intimidad con la que hablan con su querida madre; aprendan a dar a nuestro Señor cuenta detallada de su alma, de su vida; expongan a Dios lo que piensan, lo que desean, lo que sufren.

Hablen con nuestro Señor con sencillez y sinceridad, como si hablaran con un amigo. Sean hijos cariñosos y generosos con el buen maestro.

En este trabajo del amor no hablen siempre; sepan callarse a los pies de Jesús; siéntanse felices de verlo, contemplarlo, oírlo, de estar junto a Él: el lenguaje del amor es más bien interno que externo.

No necesita Dios de nuestras reflexiones ni de nuestras palabras para enseñarnos a amarle u otorgarnos su gracia. Con todo, quiere que hagamos cuanto podamos ante su majestad soberana y que le demos nuestra buena voluntad. Luego, cuando se

agota nuestra pobreza, se llega hasta nosotros y nos concede sus gracias.

Cuando mediten no reflexionen tanto; ejercítense más bien en actos de las virtudes. Por ejemplo: cuando mediten en la pasión de nuestro señor Jesucristo, hagan, ante todo, un acto de amor al contemplar todo lo que el Salvador ha sufrido por ustedes; después formulen un acto de agradecimiento por haberles amado tanto y sufrido tanto por ustedes, y por haberles hecho conocer sus sufrimientos.

A continuación, hagan un acto de amor a sus sufrimientos y particularmente al que han de sufrir en aquel momento; pidan luego gracia y amor para padecer por su amor.

Recurren asimismo a la santísima Virgen y a los santos, pidiéndoles les alcancen la gracia que anhelan, y tomen la resolución de sufrir callando tal o cual sacrificio.

Esta es una excelente meditación.

Cuando se llega a conversar de esta suerte con nuestro Señor, ¡qué felicidad se siente! Es un tesoro que se lleva por doquiera. Es el centro de nuestro corazón y de nuestra vida. Sin Jesús no hay dicha en la tierra; por lo cual, no les resta más que vivir con Jesús, el esposo, el padre, y la vida de nuestra alma.

Pidan a la santísima Virgen la gracia de la oración: ésta es la gracia de las gracias.

“Hablen con nuestro Señor con sencillez y sinceridad, como si hablaran con un amigo. Sean hijos cariñosos y generosos con el buen maestro.”



*“Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba”, nos dice el Señor...
Vayamos a adorarlo para calmar nuestra sed.*

**“¡Señor, muéstranos
al Padre y nos basta!”**

¡Conocer y dar a conocer a Jesús!



¡Conocerlo y darlo a conocer todo lo que más se pueda! ...

El bien conocido y reconocido como tal bien, es necesariamente querido.

Cuando odiamos un bien es porque no lo conocemos del todo o nos engañamos tomándolo por mal; cuando queremos un mal, no es porque lo tengamos por mal, sino que, engañándonos, lo tomamos por bien. Jesús es verdadero y bueno; más aún es la Verdad y el Bien, y se le odia, sin embargo.

¿Por qué?

Porque no se le conoce o se le conoce muy a medias.

En el cielo, en donde es conocido con una luz más fuerte que la de la razón y la de la fe, que es la luz de la Gloria, como es, no en representación ni espejo, no hay peligro ni libertad de dejar de quererlo eternamente.

En la tierra, mientras más nos acerquemos por el estudio, la oración, la Fe y la contemplación a su conocimiento, ciertamente, más irresistiblemente lo amaremos.

Por eso ha podido decir Él que la vida eterna, o sea la vida sobrenatural y divina, a la que nos ha elevado por su Gracia en la tierra y por el lumen gloriae, en el cielo no es otra cosa que co-

nocer al Padre y al Hijo, y más simplemente aún: el conocerlo a Él.

- "... Señor muéstranos al Padre y nos basta", le dice san Felipe a Jesús.

- "El que me ve a Mí ve a mi Padre", responde Jesús.

Eso es, la "vida eterna" es conocer a Jesús de todos los modos que podemos conocerlo, con medios naturales y sobrenaturales, desde conocerlo por la historia y por la fe hasta conocerlo y saborearlo por el donde Sabiduría en todo lo que pueda El ser conocido, en sí mismo como Dios y como Hombre, en sus relaciones con su Padre Dios y con su Espíritu Santo Dios, en sus obras como Dios y como Hombre, y como en frase gráfica de san Pablo: "omnia in ipso constant" (todas las cosas en Él son constantes), en todo, tanto en lo del cielo cuanto en lo de la tierra, se descubre, se ve y se conoce a Jesús.

¡Qué bien expresaba esa suprema aspiración del espíritu aquél clamor de los gentiles que se acercaban al apóstol Felipe en el atrio del templo "queremos ver a Jesús"! y qué admirablemente respondía al ansia de ese clamor la palabra con que Jesús llama e invita: "Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba".

Desde entonces, a partir de esa dulcísima invitación, el gran sediento de felicidad, el género humano, ha quedado dividido en dos inmensos grupos, el de los que van a Jesús a beber y saciarse y el de los que no quieren ir y se retuercen en las torturas de una sed rabiosa...

¡Pobres sedientos y pobres muertos de sed a un paso del torrente de aguas vivas!

*"Así Ama Él", San Manuel
González/ Adaptación*



Conversar delante de Dios

Para meditar ante Jesús Eucaristía.

El que camina delante de mí en verdad, será defendido de malos encuentros, y la verdad le libraré de los seductores, y de las murmuraciones de los inicuos. Si la verdad te librase serás verdaderamente libre, y no cuidarás de las palabras vanas de los hombres. (...) Yo te enseñaré, dice la Verdad, las cosas rectas y agradables a mí. Piensa en tus pecados con gran dolor y tristeza, y nunca te juzgues valer algo por tus buenas obras; que en verdad eres pecador, sujeto y enlazado en muchas pasiones. De ti siempre caminas a la nada, luego caes, luego eres vencido, presto turbas y pronto desfalleces. No tienes cosa de que te puedas gloriar, y tienes muchas porque puedas envilecerte; porque más flaco eres de lo que puedes pensar.

Por eso no te parezca cosa grande alguna de cuantas haces. Nada tengas por grande, nada por cosa preciada ni maravillosa, nada estimes por digno de reputación, nada por elevado, nada por verdaderamente loable y apetecible, sino lo que es eterno. Agrádate sobre todas las cosas la eterna Verdad, y desagrádate siempre sobre todo tu gran bajeza. Nada temas, ni desprecies ni huyas tanto como tus faltas y pecados, los cuales deben entristecerte más que los daños de todas las cosas. Algunos no andan delante de mí sinceramente; pero con curiosidad y arrogancia quieren saber mis secretos, y entender las cosas altas de Dios, no cuidando de sí mismos, ni de su salvación. Estos caen con frecuencia en grandes tentaciones y pecados, por su soberbia y curiosidad; porque yo les soy contrario.

Algunos reducen su devoción solamente en los libros, otros en las imágenes, otros en señales y figuras exteriores. Unos me traen en la boca, pero muy poco en el corazón. Hay otros, que iluminados en el entendimiento y purificados en el afecto, suspiran siempre por las cosas eternas, oyen con pena hablar de las terrenas y con dolor acuden a las necesidades de la naturaleza, y éstos sienten lo que habla en ellos el Espíritu de verdad, porque éste les enseña a despreciar lo terreno y amar lo celestial; aborrecer el mundo, y desear el cielo día y noche.

Imitación de Cristo/Tomás de Kempis/ Adaptación



Momento eucarístico hecho poesía



Poetas y escritores
cantaron su fe y
ofrecieron sus
palabras para que
nosotros podamos
decirle con ellas al
Señor Sacramentado
cuánto lo amamos.

Junto a Jesús escondido

Llavecita, yo te envidio,
porque puedes cada día
abrir y cerrar la puerta
de la cárcel donde mora
el Dios hecho Eucaristía.
Mas ¡oh dichoso milagro!,
por la virtud de mi fe
y de mi amor también puedo
el tabernáculo abrir
y en él esconderme yo
cerca de mi amado Rey.

Quisiera en el santuario
junto a mi Dios consumirme,
y, como tú, lamparilla,
brillar siempre en el misterio.
¡Oh qué dicha!, yo también
unas llamas tengo en mí,
y con ellas ganar puedo
para Jesús muchas almas
y abrazarlas en su amor...

En cada aurora te envidio,
piedra santa del altar.
Como un día en el establo,
veo en ti nacer a Dios.
Atiende mi humilde ruego,
ven a mi alma, mi Señor.

Lejos de hallar piedra fría,
en ella hallarás el eco
de tu propio corazón.
que, agradecido, mi corazón
ahí tiene su querencia. Amén.

Al alba desperté

Al alba desperté y espabilado,
Volé al sagrario tuyo, Jesús mío.
(vi de estrellas el cielo constelado
y parecían tiritar de frío).

Te dije lo de siempre: que te quiero
con toda mi alma, corazón y mente.
Y porque en él, por mí, estas
Tu prisionero
muchas gracias te di rendidamente.

Me vi feliz, porque a mi vera vives,
y a cualquier hora, amable,
me recibes
amor de mi alma
y de mi vida Dueño.

Y siguiera, adorándote de hinojos
si no llamara a mis cansados ojos
¡Jesús, qué pena,
el implacable sueño!
Amén.



Santos eucarísticos: 15, San Alberto Magno

Científico, teólogo y hombre de oración ininterrumpida

Alberto Magno nos invita a gustar y amar la Eucaristía.



Física y psíquicamente debilitado por el peso de los años, murió cuando estaba trabajando sobre el *Tratado del Santísimo Sacramento*.

San Alberto nace en Lauingen (Alemania) en 1193 y muere en Colonia el 15 de noviembre de 1280. Su vida reúne múltiples facetas: científico y teólogo, fraile y místico, obispo y doctor de la Iglesia... Patrono de los científicos, es también considerado uno de los más grandes genios de Occidente y un santo de talla universal, de ahí el apelativo de Magno, que tan solo él ha merecido en el campo del conocimiento.



Semblanza Espiritual

Brilló en sumo grado por sus escritos y enseñanza y resplandeció aún más por la integridad de vida y por su celo pastoral. También se distinguió por su extraordinaria piedad hacia el sacramento de la Eucaristía y para con la Virgen Madre de Dios, la cual, según tradición, lo confortó para perseverar en el propósito de la vocación y el estudio. Su devoción a Cristo Eucaristía, era tan arraigada, que si le surgía algún problema, solía ir directamente a la capilla, poner su frente en el Sagrario y extraer de Jesús Hostia las luces intelectuales necesarias para resolverlos. Fue canonizado por Pío XI en 1.931. Pío XII, en 1.941, lo declara Patrono de los científicos.

Algunas meditaciones eucarísticas del santo

-Darse a sí mismo como alimento es signo del máximo amor.

-Nada es más útil, nada es más dulce, nada más saludable, nada más amable, nada más parecido a la vida eterna que la santa eucaristía.

-¿Qué podría ser de más delicioso que el sacramento que contiene todas las delicias divinas?

-El sacramento que crea el amor y la unión. Y señal del máximo amor de Jesucristo que se dio a sí mismo como alimento para nuestra salvación.

-La Eucaristía produce impulsos de un amor que es angélico, y tiene el poder único de poner en las almas un santo sentimiento de ternura hacia la Reina de los Ángeles. Ella nos ha dado a quien es Carne de su carne y Hueso de sus huesos, y en la Eucaristía ella continúa dándonos este banquete dulce, virginal, celestial.

-El sacramento de la Eucaristía, es el fruto del árbol de la vida, y el que lo come con la devoción de una fe sincera no gustará jamás la muerte. Es árbol de vida para los que la cogen, son dichosos los que la retienen. El que me come vivirá por mí. Es lo más amable que se nos podía mandar. Este sacramento, en efecto, es causa de amor y de unión.

-Si uno, cuando asiste o celebra la Santa Misa, reflexiona sobre su valor infinito y, en consecuencia, tiene formal intención de glorificar con ella lo más posible a Dios, mediante el ofrecimiento del Sacrificio de Jesucristo, que es de mayor mérito que el de todos los mártires juntos, merece más que si ayunara a pan y agua todo un año. (Fuente: Agencias)